

LA AGROCIUDAD SICILIANA: UN TIPO URBANO DE ASENTAMIENTO AGRARIO (*)

ROLF MONHEIM

Son numerosas las áreas culturales del mundo en las que se observan grandes asentamientos agrarios, procedentes de distintas épocas. Especialmente conocidas son las regiones de Andalucía, sur de Italia y del Alföld húngaro; de grandes poblaciones agrarias se habla también en el caso de Nigeria, Cercano Oriente, India, China y Japón (Bobek, 1938; Niemeier, 1969; Hofmeister, 1969); la agrogorod de la Unión Sociética ha servido también de marco para que esta clase de asentamiento forme parte de los proyectos de planificación regional.

Son escasos hasta ahora los estudios que se ocupan específicamente de estos grandes polos agrícolas. Destacan aquí los trabajos realizados por Niemeier, que han permitido una propagación general del concepto de «pueblo urbano» (*«Stadtteil»*) para aquellos asentamientos rurales de mayor tamaño que presentan

(*) La versión original en alemán de este trabajo fue publicada en:
Geographische Zeitschrift 59, 3: 204-255.

ciertos rasgos de urbanidad. En sus investigaciones geográficas sobre los asentamientos de la Baja Andalucía, Niemeier (1935) describió fisiológicamente y morfológicamente una región marcada por pueblos urbanos. En consonancia con el enfoque reinante en la geografía en la época del estudio (1929-32), ocupan el centro de su atención el origen del asentamiento, sus relaciones con el entorno, así como el plano horizontal y la proyección vertical. Partiendo de criterios fisonómicos y agregando los aspectos económicos y sociales como elementos explicativos, Niemeier elabora la siguiente serie tipológica: pequeña comunidad rural - pueblo urbano - ciudad rural - ciudad agrícola - ciudad. En su trabajo comparativo de las regiones europeas en las que predominan los pueblos urbanos, Niemeier (1943) parte también de un enfoque fisonómico, para prestar luego mayor atención a los aspectos funcionales. Este autor pone de relieve que el pueblo urbano no ha de entenderse como fenómeno aislado, dentro de una estructura de asentamiento que vaya pasando gradualmente de la aldea a la ciudad, sino como un fenómeno que da carácter a toda la zona; de todos modos, Niemeier no analiza detenidamente las relaciones entre los distintos asentamientos.

Independientemente de Niemeier, Bobek (1938) resaltó la existencia de grandes asentamientos agrícolas con grupos profesionales urbanos, designándolos como auténticas ciudades desde el punto de vista de sus relaciones funcionales con el entorno; sin embargo, no se ocupó detenidamente de este fenómeno en sus propias investigaciones. En una última etapa, se reanudó la discusión en torno a los grandes asentamientos agrícolas con motivo del estudio publicado por Weinreuter (1969) acerca de los pueblos urbanos del sudoeste alemán; pero este trabajo apenas puede entenderse como una continuación de los enfoques de Niemeier, toda vez que la situación del área estudiada por Weinreuter es totalmente distinta (véase más adelante).

Desde Niemeier, no han vuelto a estudiarse sistemáticamente las regiones mediterráneas donde predominan los pueblos urbanos. Los autores italianos los han puesto una y otra vez de

relieve al ocuparse de las zonas de asentamiento de la Italia meridional, aunque sin tratarlas de manera precisa (1). Este hecho justificaba el intento de elaborar un nuevo enfoque, basado en criterios funcionales, que permitiera circunscribir el tipo de gran asentamiento agrícola, en lo que se refiere a su estructura económica, social y arquitectónica, así como a sus relaciones con las poblaciones circundantes (Monheim, 1976). Como región de estudio se eligieron las provincias de Palermo, Agrigento, Caltanissetta y Enna, situadas en la Sicilia central. La estructura poblacional de toda esta región se caracteriza por una forma específica de gran asentamiento agrario, que será denominada en adelante agrociudad y en la que se da una estrecha combinación de rasgos rurales y urbanos. La siguiente exposición resume algunos aspectos comprobados en el estudio de la agrociudad.

I. LA AGROCIUDAD COMO TIPO DE ASENTAMIENTO

Empezaré por exponer el tipo ideal de agrociudad, apoyándome en el estudio detallado de una comunidad tomada como ejemplo (Gangi, provincia de Palermo), así como en una selección de características registradas para todos los municipios de la región. La imagen aquí resultante está referida a un tiempo y espacio concretos, por lo que no puede ser transmitida sin más a otros países y épocas.

Las agrociudades de la Sicilia central acostumbran a tener un considerable número de habitantes, que oscila entre 7.000 y 18.000. Casi toda la población de un municipio reside en un solo núcleo. Es raro que se viva todo el año en las viejas fincas o en las nuevas casas de agricultores situadas en un término extenso

(1) Véase, en especial: Maranelli (1946), Compagna (1959 y 1963), Milone (1960, págs. 214-250), Pecora (1968, págs. 183-209 y 566-574); los italianos designan la peculiaridad de esta forma de asentamiento con los conceptos de *città rurale*, *città paese*, *città villaggio*, *città contadina*, *dormitorio contadino*.

(que suele oscilar entre 50 a 150 km²). (En toda la zona estudiada, únicamente el 3 por 100 de la población reside fuera del bloque compacto de la comunidad.) Los agricultores y jornaleros recorren diariamente caminos de varias horas, a consecuencia de las grandes distancias existentes entre el pueblo y el campo y del insuficiente desarrollo de las vías de comunicación. La larga fila de campesinos que se ponen en camino a la salida del sol y regresan al atardecer sigue constituyendo, hasta hoy, un fenómeno típico de casi todas las agrociudades. Durante las épocas de acumulación de trabajo, una parte de los campesinos permanece algún tiempo más en el campo; únicamente en algunas comunidades situadas en zonas altas ocurre que la familia se traslade a vivir al campo durante la fase del verano.

Dentro de la *estructura profesional* destaca la agricultura, que absorbe del 40 al 60 por 100 de los ocupados; el resto trabaja en oficios artesanales, ramo de la construcción y servicios destinados a atender las necesidades de la población local. A veces, se da también una notable proporción de trabajadores industriales —en la mayoría de los casos se trata de personas que trabajan en las minas de azufre y potasa—; sin embargo, estos municipios responden también en todas las demás características a la configuración propia de las agrociudades.

La población agrícola conforma más los estratos inferiores de la *estructura social*, mientras que los ocupados en los sectores secundarios y terciario predominan en los estratos superiores (2). Las dos capas inferiores —que en Gangi representan el 60 por 100 y que en muchas agrociudades alcanzan una proporción todavía mayor— se componen ante todo de obreros del campo (comúnmente, jornaleros) y pequeños arrendatarios, así como de peones auxiliares. En la clase media inferior (30 por 100 aproximadamente) sobresalen las profesiones urbanas (comer-

(2) Varían mucho el número y la delimitación de los estratos sociales que se suponen para los grandes municipios agrícolas del sur de Italia (entre dos y siete estratos). Acerca de la estratificación social, véase en especial: Lopreato (1961) y Weber (1966).

cientes, artesanos y maestros de albañiles), en relación con los agricultores independientes. En la clase superior y la clase media superior predominan los funcionarios y empleados, las profesiones liberales y los empresarios, frente a las personas que viven exclusivamente de la renta de su propiedad agrícola.

Las formas de cultivo, explotación y contratación aplicadas en la *agricultura* están condicionadas por la herencia del latifundio, es decir, del capitalismo de renta derivado de la dominación feudal, cuyos propietarios absentistas no explotaban directamente sus tierras, sino que las arrendaban en pequeñas parcelas a los agricultores, interviniendo con frecuencia arrendatarios intermedios (3). Aunque el latifundio ha disminuido considerablemente desde 1950, todavía se encuentran grandes partes de la tierra en manos de la población urbana. Siguen predominado las pequeñas y dispersas explotaciones, con un sistema de autoabastecimiento sustancial, cuyos dueños han de esforzarse por asegurar su sustento, arrendando parcelas adicionales y trabajando como jornaleros; son escasas las explotaciones de tamaño medio, que pueden afrontar el necesario cambio estructural de la agricultura. Son aislados los casos en los que cobran importancia los cultivos intensivos y orientados al mercado. Como se mostrará más adelante, esta estructura agraria ha contribuido decisivamente a la persistencia de los grandes y compactos asentamientos rurales.

La situación especial de la agrociudad, dentro de esta clase de asentamientos, se basa en el desarrollo del *sector urbano*. Las personas ocupadas en él se dedican, casi exclusivamente, al abastecimiento de la población residente en el propio lugar. Estas personas tienen múltiples vinculaciones con la agricultura, bien sea a través de la propiedad agrícola, del trabajo o de las relaciones de parentesco y clientelismo.

(3) Una breve visión de conjunto sobre la estructura agraria de Sicilia la ofrece Hammer (1965); una exposición más detallada se encuentra en Prestianni (1946-47), Vöchting (1951), Rochefort (1961) y Pecora (1968).

En el *comercio al por menor* existen no sólo numerosas tiendas para las necesidades diarias, sino también numerosos comercios de textiles, así como varias tiendas de ferretería, aparatos electrodomésticos, muebles, joyería y relojes. En casi todos los sectores pueden cubrirse las necesidades locales. A pesar de ello, una parte de la población prefiere acudir a centros urbanos de categoría superior para efectuar determinadas compras —por ser especialmente baratas o de carácter representativo.

Los *intermediarios* acaparan los productos agrícolas, llevándolos a los centros urbanos de consumo y transformación. Con su parque de vehículos asumen también el acarreo de mercancías a granel. Los mediadores, que suelen ser a veces transportistas, realizan encargos en los centros de compra, por cuenta de comerciantes al por menor, artesanos y personas particulares. De vez en cuando, operan mayoristas locales en el abastecimiento de los comerciantes al por menor. Las numerosas *explotaciones artesanales* trabajan de forma poco racional, teniendo dificultades para sostenerse frente a la competencia de los bienes acabados de la industria. La transformación de productos agrícolas se limita a las almazaras, molinos y fábricas de pastas que trabajan para el mercado local. Continúan faltando en gran escala bodegas y fábricas de productos lácteos con capacidad de rendimiento. Unicamente florece el ramo de la construcción, gracias a las remesas de emigrantes, ofreciendo también trabajo a otros abastecedores, como herreros y carpinteros.

Los servicios *públicos* y *privados* tienen una considerable importancia, que va en aumento desde hace algunos años. (Existen, por ejemplo, varias sucursales bancarias, numerosos profesionales y, a veces, una institución de enseñanza por encima del nivel primario.) Por su ingreso relativamente alto y regular, la mayoría de las personas que trabajan en estos servicios constituye un importante factor económico. Los contactos profesionales que desarrollan tanto dentro de la comunidad como con los entes administrativos de otras ciudades, su movilidad regional y la

orientación de su estilo de vida en modelos urbanos hacen de este grupo un especial portador y transmisor de la urbanidad.

La estructura económica y social de la agrociudad se manifiesta en su *organización espacial*. La primera impresión que produce viene condicionada por la forma de construcción, caracterizada por una estricta delimitación frente al campo, un predominio de los edificios de varios pisos y una gran uniformidad de estilo. Los edificios aprovechados para fines agrícolas están distribuidos a través de toda la agrociudad y no sólo pertenecen a los agricultores. Fisonómicamente casi no se les advierte: las cuadras para animales de monta y los establos para el pequeño ganado se encuentran en la planta baja de las casas destinadas a vivienda, y los pequeños pajares apenas se diferencian de las casas antiguas. Los barrios más pobres, situados en las afueras, las personas, el ganado y las existencias de productos cohabitan en casas pequeñas y de una planta, que sólo disponen de una habitación. Las explotaciones artesanales están distribuidas por todas las partes del casco urbano, aunque prefieran en parte estar situadas en las entradas a él. En éstas se hallan también las empresas de la construcción y las pequeñas industrias, el comercio intermedio y las firmas de transporte. El comercio al por menor se concentra en el *corso* y la *piazza*, así como en las calles adyacentes, donde están además los bancos y las autoridades administrativas, los bares y restaurantes, los clubs y la iglesia principal. La concentración de los servicios públicos en el sentido más amplio de la palabra en torno a la *piazza* y al *corso* contribuye de manera muy especial al carácter urbano de la agrociudad (véase Grötzbach, 1963, pág. 41).

La ubicación de las casas tiene una notable correlación con los grupos profesionales y sociales. Las más codiciadas son las zonas en torno a la *piazza* y al *corso*. Aquí vive desde siempre la clase alta, como testimonian los representativos *palazzi* de los antiguos latifundistas. Viene después una zona mixta, compuesta de artesanos, comerciantes y labradores, que llega hasta las afueras por las calles principales. La población agraria está re-

partida por todo el casco, pero reside predominantemente en las zonas exteriores. Esto no obedece a una mayor necesidad de espacio para pajares y cuadras, como ocurre en las agrociudades del *Alföld* húngaro, sino a una situación de pobreza, que obliga a contentarse con una vivienda en los barrios marginales, los cuales ejercen una escasa atracción, encontrándose a menudo en mal estado. El reciente desarrollo de la construcción está contribuyendo a transformar este esquema, sobre todo en las arterias de salida: hace unos quince años que surgen aquí bloques de viviendas de tipo social, para fines de alquiler; últimamente, los constructores privados levantan también algunos edificios grandes de hormigón, para explotarlos por vía de arrendamiento, alquilándolos sobre todo a la población móvil de las capas superiores (como son, por ejemplo, los funcionarios del sector público que vienen trasladados de afuera).

El múltiple intercambio de bienes y servicios y la diferenciación social generan un ambiente de *vida urbana* (en el sentido de Bobek, 1938, pág. 89). Ello se manifiesta, ante todo, en la zona de la *piazza* y del *corso*, con la centralización de los servicios y la correspondiente complejidad de la circulación. Sin embargo, la plaza no sólo es centro de abastecimiento y tiempo libre; también juega un papel especial en el clientelismo del sistema social que caracteriza a la sociedad del sur de Italia (4). La dependencia de los contactos personales para cada asunto, tanto por lo que respecta a la obtención de tierras a renta, puestos de trabajo y encargos como a las solicitudes presentadas a las autoridades, obliga a una presencia regular en la plaza, con el fin de cultivar las relaciones ya establecidas y entablar otras nuevas. Además, es ésta la ocasión de mostrar con quién se mantienen contactos y de qué clase, a fin de aprovecharlos más tarde frente a terceros, dentro del sistema reinante de mediaciones y recomendaciones.

(4) Sobre el clientelismo, véase ante todo: Lepsius (1965), Mühlmann y Llaryora (1968). Berardi (1960) describe con gran plasticidad las funciones de la *piazza*, sirviéndose del ejemplo de un intermediario en exámenes.

Las *relaciones funcionales* de la agrociudad con otros municipios suelen estar poco desarrolladas. Pese a la complejidad de su sector urbano, la agrociudad se convierte raras veces en centro de abastecimiento y administración, dado que las poblaciones vecinas tienen un tamaño y una dotación similares, encontrándose además a una distancia de 10 a 20 kilómetros. En parte, las agrociudades tienen una dependencia mutua en lo referente a autoridades administrativas y escuelas que pasen de la enseñanza primaria. Una cierta, aunque débil centralidad se da únicamente cuando existen cerca poblaciones de tipo menor; pero tal clase de centralidad no logra alterar la estructura interna de las agrociudades. En cuanto a su propio abastecimiento de servicios, la agrociudad depende menos de la pequeña ciudad próxima que de la capital de provincia. Las relaciones laborales con municipios cercanos carecen de importancia; algunas personas se desplazan por el espacio de una semana a los escasos centros administrativos e industriales. En cambio, es cada vez mayor el número de asalariados que trabajan transitoriamente en el norte de Italia o en el centro y oeste de Europa, fenómeno que caracteriza a toda la Italia meridional, como consecuencia de su retroceso económico.

II. ORIGEN Y PERSISTENCIA DE LA AGROCIUDAD

Las características de la agrociudad actual sólo han podido recogerse aquí en un breve resumen tipológico. Muchas de ellas permanecen inalterables desde hace largo tiempo, mientras que otras se basan en recientes procesos, como son la reforma agraria, el desarrollo de la administración, enseñanza y sistema de previsión, así como el trabajo en la emigración. En líneas generales, la combinación de características urbanas y rurales consti-

tuye desde muy atrás un fenómeno característico de los grandes asentamientos agrarios de Sicilia central. Pero es lógico preguntarse cuándo y cómo se produjo la concentración demográfica en un pequeño número de grandes y compactas poblaciones y cuáles han sido las fuerzas que han contribuido a que esta forma de asentamiento persista hasta hoy.

En la época de dominación árabe y normanda (del siglo IX al XII), Sicilia se componía de una densa red de aldeas, pueblos grandes y pequeños y ciudades (Mack Shmith, 1968, pág. 9); pero la creciente persecución de los musulmanes y las largas luchas por el poder devastaron la mayoría de las pequeñas poblaciones y muchas de las grandes en los siglos XII al XVI (5). Al comenzar la Edad Moderna, la mayoría de la población siciliana vivía concentrada, igual que hoy, en asentamientos cerrados de varios miles de habitantes: en 1570, sólo el 12 por 100 de todos los municipios tenían menos de 1.000 habitantes y el 31 por 100 pasaba de los 5.000. Desde finales del siglo XVI al siglo XVIII, los señores feudales dispusieron la colonización de las tierras desoladas. Los nuevos colonos fueron concentrados en grandes asentamientos, dispuestos de forma regular y habitados por obreros del campo, otorgándoseles derechos de explotación sobre los feudos correspondientes; en parte, obtenían también pequeñas parcelas por el sistema de *ensiteusis* para fines de mejora, así como dulas, pero dependían totalmente de los señores feudales. Las poblaciones de nueva fundación crecieron rápidamente, hasta abarcar varios miles de habitantes y convertirse en municipios independientes, mientras permanecían estancadas las poblaciones antiguas. En este tiempo se duplicó tanto la

(5) Amari (1933-1939⁴, págs. 797 y s.); este autor aduce el ejemplo del distrito de Monreale (801), donde en la época de los árabes existían 50 poblaciones, mientras que hoy son únicamente 12, que además fueron creadas en su mayor parte a lo largo de la Edad Moderna. Pecora (1968) ofrece un resumen de la historia de los asentamientos; sobre la historia general de Sicilia, a partir de la Edad Media, véase Mack Smith (1968) (en lo referente a bibliografía especial, véase Monheim, 1969, pág. 16).

población total de Sicilia como el número de municipios, sin que se alterasen los rasgos fundamentales del modelo de asentamiento.

En el siglo XIX continuó creciendo el número de habitantes, pero dejaron de fundarse nuevas poblaciones al haber finalizado el feudalismo; ello dio lugar a un rápido crecimiento de las poblaciones ya existentes: en 1798, el 9 por 100 de todos los municipios pasaban de 10.000; en 1861 era ya el 16 por 100, y en 1911, el 29 por 100 (6); en este grupo de municipios vivía el 40 por 100 de la población siciliana en 1798, el 53 por 100 en 1861 y el 73 por 100 en 1911 (Pecora, 1968, pág. 584). Como no se consiguió intensificar la agricultura o crear puestos de trabajo industriales, se inició a fines del pasado siglo un fuerte movimiento migratorio en el interior y al extranjero, que prosigue hasta hoy, contribuyendo a estancar o a reducir la población de la mayoría de los municipios del interior de Sicilia. Unicamente han seguido expandiéndose las capitales de provincia y algunas poblaciones industriales o costeras.

Cabe afirmar, en resumen, que las más importantes razones del origen de los grandes asentamientos agrarios de Sicilia fueron la inseguridad externa (hostilidades y asaltos de piratas) y la política de los señores feudales, que tenía por fin concentrar y controlar lo más posible al grupo de renteros y jornaleros sin tierra, generando una rígida estructura económica y social, marcada por el latifundismo.

Si resulta llamativa la formación de grandes asentamientos agrarios aislados entre sí, aún más lo es el hecho de que persistan inalteradamente hasta hoy, pese a todos los esfuerzos desarrollados durante los últimos ochenta años por las autoridades de planificación agraria, para instalar en el campo a los renteros y labradores. Las granjas y pequeñas comunidades rurales establecidas, tanto bajo Mussolini como con la reforma agraria y con los recursos del Plan Verde, sólo son habitados, en casi su totali-

(6) En Sicilia, los habitantes de un municipio viven concentrados casi siempre en una sola población.

dad, durante las fases punta de las faenas agrícolas. La capacidad de resistencia de esta forma de asentamiento procedente del feudalismo, que jurídicamente acabó ya en 1812, se explica por una multiplicidad de factores interdependientes de carácter sociocultural y económico, que siguen ejerciendo hasta hoy diferentes repercusiones (7).

El problema central es el desarrollo extremado del *sistema de explotación* latifundista (véase más arriba). En el siglo XIX llegó a duplicarse la población de Sicilia; pero mientras que los distintos planes iniciados para repartir la tierra en favor de los pequeños agricultores no tuvieron un amplio efecto, la gran propiedad se vio fortalecida por la supresión de los derechos de explotación en común (*usi civici*), la compra de las tierras expropiadas a la Iglesia y al avance de una burguesía comercialmente hábil. El objetivo de los grandes terratenientes consistía en obtener las mayores rentas posibles; por reinar un sistema de capitalismo rentista, procuraban alcanzar este objetivo no tanto a través de una producción intensa como mediante la compra de nuevas tierras y el aprovechamiento de la fuerte demanda existente. El crecimiento demográfico provocó una desmembración de las escasas tierras de los campesinos, bien fuera propiedad o enfeusis, así como la aplicación de unas condiciones menos favorables para los arrendatarios y jornaleros. Se hizo cada vez más corta la duración de los contratos de arrendamiento y se acentuó el cultivo extensivo. Para los renteros carecía y sigue careciendo de sentido practicar un sistema de explotación intensiva, mientras que el arrendador o el arrendatario siguiente sean los que se beneficien de ello. Como la estructura agrícola no ha cambiado fundamentalmente hasta ahora, a pesar de las numerosas modificaciones introducidas, la masa de los campesinos ha de seguir

(7) En Blok (1969) se encuentra la exposición más detallada de las causas que han contribuido a la persistencia de la agrociudad (para ello parte del enfoque epistemológico de las categorías interpretativas empleadas por los investigadores). Véase, además, Maranelli (1946, págs. 26-28), Musatti (1958) y Compagna (1963, págs. 76-91).

procurando asegurarse el sustento mediante la combinación de tierra propia y arrendada y la prestación de trabajo por cuenta ajena, teniendo que endeudarse cuando en las campañas desfavorables no logra tal objetivo. La mayoría de la propiedad agrícola fraccionada se encuentra en las proximidades del pueblo; la alteración del trabajo en tierra arrendada y a jornal es frecuente y tiene lugar en las más diversas zonas del extenso término municipal; por ello, la situación central de la agrociudad hace que ésta resulte el lugar más adecuado de residencia para los campesinos dependientes, a pesar de las largas distancias que han de recorrerse diariamente.

La plaza les ofrece la ocasión más rápida de establecer las relaciones que impone la competencia por obtener trabajo, tierra arrendada y crédito (véase más arriba). Asimismo existen *razones de carácter social* por las que no se quiere renunciar a vivir en la agrociudad, pues proporciona prestigio; a quien reside constantemente en el campo se le considera poco civilizado (*incolto, cafone*). La mujer apenas puede participar en las faenas agrícolas, limitándose a realizar a lo sumo trabajos auxiliares; en caso contrario, daría la impresión de que el marido es incapaz de alimentar a la familia. Las asociaciones y fiestas, la reunión vespertina de los hombres en la plaza, las relaciones de la mujer con los vecinos y las mejores perspectivas matrimoniales de las hijas hacen que las familias campesinas sigan viviendo en el casco urbano, aun en los casos de haber recibido, por ejemplo, una parcela de tierra con casa, en virtud de la reforma agraria, o de dedicarse a cultivos de primor. Hasta comienzos de los años cincuenta, la falta de seguridad pública (8) fue uno de los factores que hacían desistir de residir en el campo; pero tampoco la desaparición de este obstáculo ha inducido a trasladarse fuera.

(8) Sobre todo, las luchas de la mafia por el poder han dado constantemente lugar a chantajes, aniquilación de ganado y de cultivos duraderos y asesinatos, lo que ha dificultado fuertemente una explotación más intensiva y el tener una residencia fija en el campo.

Las *condiciones físicas* se citan a menudo como razón de la aglomeración residencial (9); pero, en realidad, son poco favorables a esta última en numerosos aspectos. La existencia de agua es nula o insuficiente, sobre todo en los emplazamientos inclinados, teniendo que ser transportada con grandes esfuerzos; con todo, una vez creado el abastecimiento de agua, éste se convierte en una ventaja frente a aquellas zonas del campo donde se carece de este recurso. Los desprendimientos de tierra en las montañas constituyen un riesgo para muchas poblaciones establecidas al abrigo de éstas; además, la pronunciada inclinación del terreno dificulta aquí la ampliación del casco urbano. Las vías de comunicación que conducen a las tierras alejadas son con frecuencia intransitables durante las fuertes lluvias de invierno, pues predominan las arcillas terciarias. La malaria, que estaba muy extendida en los valles hasta la posguerra, no fue causa, sino efecto de la concentración residencial, que había dado lugar a que se descuidara la regulación de las aguas y surgiieran las zonas pantanosas. Es cierto que luego se tuvo la impresión de que la malaria era la causa de que el campo siguiera estando más tarde despoblado; pero, aun después de eliminar esta enfermedad, apenas aumentó la predisposición a vivir fuera del casco urbano.

III. ESTRUCTURA FUNCIONAL DEL ASENTAMIENTO

La agrociudad y la situación económica que lleva consigo conforman sustancialmente las relaciones funcionales que existen entre los municipios de Sicilia central. Las *relaciones del intercambio económico* dentro de las distintas comunidades son sumamente débiles, debido al carácter predominantemente agrario de

(9) Las anotaciones bibliográficas pueden verse en Monheim (1969, pág. 22).

una producción poco orientada al mercado y al escaso grado de desarrollo y diversificación industriales. Son pocos los lugares donde ha surgido una red de relaciones laborales (trabajadores-golondrina). Las mismas capitales de provincia apenas influyen sobre la estructura de los municipios vecinos. Las *instalaciones administrativas* están muy dispersas y sus circunscripciones territoriales se entrecruzan con frecuencia. Esto hace que los distintos lugares de emplazamiento sólo puedan desarrollar una escasa atracción. Fuera de las capitales de provincia, son pocas las ciudades que han cobrado una notable importancia. Las *relaciones basadas en la compra de artículos* están poco desarrolladas, ya que la mayoría de los municipios disponen de tiendas suficientes para el bajo nivel de vida de sus habitantes (con más de cincuenta personas ocupadas en el comercio al por menor, después de excluir las tiendas de comestibles). Para las compras adicionales se prefiere ir a los alejados y prepotentes centros de Palermo y Catania. Aparte de ellos, son pocas las ciudades que han llegado a convertirse en verdaderos centros de compra. Los centros intermedios que existen entre los de las regiones de compra y los distintos municipios empiezan ahora a cobrar importancia, a medida que aumenta el poder adquisitivo y la movilidad (10); son amplias todavía las zonas donde brillan por su ausencia.

Las débiles relaciones de centralidad tienen un alto condicionamiento histórico en el papel que han jugado las ciudades «parasitarias» (11), sobre todo Palermo; como residencia de los grandes terratenientes, estas ciudades absorbían hasta hace poco la producción del campo, sin aportar ninguna contraprestación. A consecuencia del capitalismo rentista, falta hasta hoy una burguesía empresarial que se esfuerce por desarrollar el intercam-

(10) En cuanto a las zonas de abastecimiento del comercio al por menor, véase, en general, Tagliacarne (1968) y Monheim (1970).

(11) Bobek (1938 y 1950, pág. 39) resalta las dificultades que origina la ciudad parasitaria para el desarrollo del entorno. Las causas histórico-sociales de las débiles relaciones existentes entre las ciudades del sur de Italia son tratadas por Musatti (1958), Morello (1958) y Compagna (1959 y 1963).

bio económico y cultural con el entorno. Los ciudadanos que ascienden socialmente presionan más bien hacia la consecución de puestos administrativos, cuyo número aumenta de manera constante (*impiegomaia*); muchos de estos puestos están incorporados a un amplio sistema clientelista, permitiendo el control de las relaciones entre el campo y la ciudad. Sobre su base se crea una nueva forma de ciudad parasitaria, cuyo exagerado aparato administrativo consume una gran parte de los fondos destinados al campo.

El bajo nivel de vida, la escasa diversificación de la actividad productora, la amplia dispersión de los servicios administrativos centrales, la yuxtaposición de numerosos municipios suficientemente abastecidos, el precario desarrollo de los transportes y el carácter parasitario de las ciudades han impedido hasta ahora que se supere el aislamiento tradicional de las distintas comunidades y se desarrolle un sistema equilibrado de centralidad (véase también Pecora, 1968, págs. 566-574).

IV. TIPOS DE COMUNIDADES

La exposición de las relaciones funcionales ha puesto de relieve que la agrociudad determina la configuración general de los asentamientos y que esta última condiciona, a su vez, la estructura de la agrociudad. Si se relaciona la agrociudad con las restantes formas de entidades locales, se plantea la cuestión del lugar que ocupa frente a los tipos básicos de la ciudad y la pequeña comunidad rural. Partiendo de definiciones generales, se empezará por examinar el valor informativo de determinadas características en la zona aquí analizada.

Por *ciudad* se entiende un asentamiento grande y cerrado, con un grado notable de diversificación económica, social y arquitectónica, con múltiples relaciones de mercado basadas en la división del trabajo y con unas corrientes de transporte corres-

pondientemente complejas. La centralidad no se considera como una característica necesaria (12).

Como *pequeña comunidad rural* se designa un asentamiento de cierto tamaño, con un estilo de vida plenamente rural, un grado casi imperceptible de diversificación y una escasa división del trabajo en la misma localidad (13).

En cambio, la *agrociudad* puede caracterizarse como un asentamiento agrario grande y compacto, cuya forma rural de vida lleva además una marca urbana, por haberse desarrollado, a causa del gran número de habitantes, una estructura económica y social notablemente diferenciada, en la que se dan unas relaciones de mercado basadas en la división del trabajo.

Las distintas comunidades son imputadas a estos tipos básicos, según la combinación respectiva de sectores de carácter urbano o rural (14). Las características constituidas por el número de habitantes, estructura ocupacional, importancia de determi-

(12) Las funciones de centralidad son consideradas como una característica sustancial de la ciudad en casi todas las definiciones geográficas (por ejemplo, Schwarz, 1966, pág. 366; Hofmeister, 1969, pág. 175); pero Bobek puso expresamente de relieve en 1938 que, tanto cuando la base económica es agraria como cuando es industrial, se dan ciudades de autoabastecimiento plenamente desarrolladas.

(13) La escasa división del trabajo en el mismo lugar falta, por lo demás, en la definición de comunidad rural; pero constituye un punto de vista que permite captar más fácilmente el problema del trabajador-golondrina, ya que éste no está incorporado directamente a la división del trabajo del lugar de residencia (véase también Weinreuter, 1969, págs. 15-17).

(14) La clasificación de comunidades municipales realizada por el I.S.T.A.T. (1963) para toda Italia parte de un carácter más bien rural o urbano, que estima valiéndose de cocientes socioeconómicos (población, estructura profesional, formación escolar, forma de asentamiento, situación residencial). La clasificación (rural, tipo rural, semirrural, semiurbano, tipo urbano, urbano) se efectúa de acuerdo con la desviación que se registre frente a los promedios nacionales. Sin embargo, los resultados obtenidos aquí sólo reflejan de forma insuficiente la tipología de asentamientos sicilianos; no en último término se debe a que los promedios para toda Italia dicen poco, dadas las fuertes diferencias existentes entre el norte y el sur de este país (dualismo estructural económico y social).

nados grupos profesionales, dotación de escuelas y organismos administrativos y funciones de centralidad sólo tienen valor informativo si se consideran como fenómenos interdependientes. Así, por ejemplo, el grado de desarrollo urbano no depende del simple número de habitantes, sino de la medida en que se deriven de él impulsos adicionales para la diferenciación interna de una comunidad; en la región aquí investigada, la ciudad más pequeña es Cefalù, con 12.200 habitantes, y la mayor agrociudad es Niscemi, con 24.900 (15). Tampoco la estructura ocupacional permite sacar conclusiones claras sobre el tipo de comunidad. En una parte de las comunidades que son claramente ciudades trabaja en la agricultura más del 50 por 100 de la población, mientras que en las pequeñas comunidades rurales lo hace menos del 30 por 100 de las personas en activo que residen en el mismo lugar. Estas diferencias dependen, sobre todo, de la importancia que tenga el sector secundario. Sin embargo, también se aprecia aquí que los distintos grados de participación en la población activa ejercen un escaso influjo sobre la forma de vida de los municipios, ya que los porcentajes que proceden de las actividades industriales destinadas al abastecimiento local suelen basarse en una minería poco desarrollada, siendo apenas perceptibles las diferencias que existen entre los obreros del campo y los mineros en cuanto al nivel y estilo de vida (16). La centrali-

(15) Dentro de la zona de interferencia entre la agrociudad y la ciudad, existen 21 agrociudades y seis ciudades en la región aquí analizada. El municipio más pequeño perteneciente al grupo de agrociudades es S. Mauro Cast., con 4.700 habitantes; en la zona límite con las comunidades rurales (es decir, de 5.000 a 6.000 habitantes) se dan varios municipios que han de considerarse como forma de transición, mientras que las ciudades y agrociudades presentan entre sí una clara distinción estructural, incluso en el ámbito de interferencia de las cifras de habitantes. También Niemeier (1935, pág. 197) subraya estas clases de interferencias entre sus distintos tipos de asentamiento.

(16) Por ello, los municipios con más de un 40 por 100 de ocupados en la industria no se consideran como tipos propios, sino como variante industrial del tipo respectivo (de modo similar procede Niemeier, 1935, pág. 199).

dad resulta ser también una característica sin valor informativo directo, ya que dos asentamientos que sean en otros aspectos iguales, aunque uno de ellos desempeñe funciones centrales, no han de ser imputados a diferentes tipos básicos. De importancia decisiva es la diversificación interna; con todo, ésta se muestra a menudo con bastante más claridad en las poblaciones centrales que en las que las rodean.

El número de habitantes, los porcentajes de grupos profesionales y las funciones específicas no permiten delimitar claramente entre sí los tipos de comunidad determinados por el grado de desarrollo urbano. Un criterio idóneo resulta ser el peso absoluto del sector urbano, que se refleja ante todo en el número de empresarios, profesionales, funcionarios y empleados, como portadores de un estilo de vida urbano, y en el número de personas ocupadas en el comercio minorista especializado, por representar un abastecimiento diferenciado.

A continuación, los tipos fundamentales de pequeña comunidad rural y ciudad, definidos arriba en su generalidad, serán contrapuestos a la forma característica que cobra en Sicilia central la agrociudad descrita al comienzo.

Por su considerable población (que suele oscilar entre 2.500 y 5.000 habitantes), las *comunidades rurales* de Sicilia central han de ser calificadas en su mayoría como grandes asentamientos agrarios. En contraste con las comunidades análogas de Europa central, presentan un esquema de urbanización totalmente cerrado, y la población agrícola carece de verdaderos edificios de explotación, en virtud de su pobreza; debido al gran alejamiento y frecuente cambio de las superficies de cultivo, apenas se puede hablar de una «vinculación directa con el lugar de residencia» (Schwarz, 1966, págs. 47-55). La proporción de personas ocupadas en la agricultura pasa en la mayoría de los casos del 60 por 100. A diferencia de la agrociudad, es muy bajo el grado de diferenciación interna y la falta de vida urbana.

Las *ciudades pequeñas* de Sicilia central se distinguen de la agrociudad por su mayor grado de diversificación, siendo a la

vez mayor el número de habitantes (de 20.000 a 35.000; sobre posibles entrecruzamientos de esta cifra, véase lo dicho más atrás). La agricultura conserva una notable importancia en casi todas las ciudades pequeñas (17); en sitios con cultivos intensivos, constituye a menudo la base económica principal —en combinación con las correspondientes entidades encargadas de la comercialización y del transporte—. Adicionalmente se dan otras ramas especiales de actividad, como la minería, movimiento portuario y turismo. La mitad de las ciudades pequeñas ejercen funciones de centralidad. Esta característica o el simple hecho de tener un mayor número de habitantes, acompañado en parte de altos hábitos de consumo (como es, entre otras cosas, la residencia tradicional de los latifundistas arrendadores), dan lugar a que se desarrolle un comercio al por menor diversificado y numerosos servicios. La intensa circulación requiere la instalación de medios públicos de transporte. El gran grupo compuesto por las profesiones dirigentes se esfuerza de manera consciente por alcanzar un estilo urbano propio. En la Sicilia central, que lleva el cuño de la agrociudad, las ciudades pequeñas presentan, pese a todo, más rasgos rurales que en cualquier otro sitio, por lo que cabe hablar de una «ruralización de la ciudad» (18). Dentro de los tipos básicos constituidos por la comunidad rural, la agrociudad y la ciudad, han de distinguirse varios estadios de desarrollo, que no serán expuestos aquí con detalle (véase Monheim, 1969, págs. 153-160). Los 164 municipios de la zona investigada pueden clasificarse de la manera siguiente (se indica entre paréntesis el número respectivo de entidades locales):

- pequeña comunidad rural, de carácter plenamente agrícola (21);
- comunidad rural de notable tamaño, con pequeños gru-

(17) En 1961, la participación de la población activa en la agricultura era menos del 35 por 100 en sólo cinco pequeñas ciudades; en cuatro (Bagheria, Nicosia, Sciacca, Partinico), representaba el 50 por 100 o más.

(18) Morello (1958, pág. 486); véase también Niemeier (1943, pág. 334).

- pos profesionales de carácter no agrario (36 y 9 formas de transición a la agrociudad);
- agrociudad pequeña y moderada diversificación (39);
 - agrociudad plenamente desarrollada (30);
 - agrociudad con funciones de centralidad (11);
 - ciudad pequeña de orientación predominantemente agrícola (8) o industrial (3);
 - ciudad pequeña con una compleja diversificación (3);
 - ciudad media (3);
 - gran ciudad (1).

La *posición que ocupa la agrociudad entre la comunidad rural y la ciudad* plantea la cuestión de cómo puede ser encajada en el sistema elaborado por la geografía de asentamientos, que se basa en la polaridad de estos tipos fundamentales. La clasificación sistemática de las agrociudades (o de los pueblos urbanos) se ha efectuado siempre de formas distintas; por ejemplo, Schwarz (1966, pág. 151) y el *Westermann Lexikon der Geographie* (1968, vol. I, pág. 841) los consideran como asentamientos rurales en el sentido verdadero de la palabra; en cambio, Bobek (1938, págs. 89 y s.) y Hofmeister (1969, 52, págs. 147 y s.) las incluyen conscientemente entre las auténticas ciudades, pese a tener una base económica agraria; Niemeier (1935, pág. 216) asigna a las agrociudades, «desde el punto de vista fisonómico, las características de la agrociudad y, desde el punto de vista fisiológico, las de la comunidad rural».

El presente estudio ha llevado a la conclusión de que la agrociudad constituye un tipo de asentamiento autónomo y plenamente desarrollado; no puede considerársela ni como un punto intermedio colocado entre los polos de comunidad rural y ciudad, en el que las características rurales se van convirtiendo en urbanas (así lo entiende, por ejemplo, Niemeier, 1969, pág. 69), ni tampoco como un «asentamiento situado entre la ciudad y el campo» (en el sentido de Schwarz, 1966, págs. 255-348), que no es ni una cosa ni la otra, sino como una entidad que agrupa de manera peculiar elementos urbanos y rurales, en

una especie de «enlace dialético» (Weinreuter, 1969, pág. 21). La agrociudad tampoco constituye una fase de desarrollo hacia la ciudad ni es una forma precaria de urbanidad. A pesar de su base agraria, la agrociudad responde en gran parte al concepto tradicional de ciudad —prescindiendo de la carencia de centralidad (19)—, por lo que se aproxima más a este último tipo de entidad local que al de la comunidad rural; sin embargo, apenas puede incluirla entre las ciudades plenamente desarrolladas.

V. COMPARACION DE LA AGROCIUDAD CON OTROS ASENTAMIENTOS AGROURBANOS

En una breve visión de conjunto, se insinuarán a continuación las semejanzas y diferencias que se observan entre la agrociudad siciliana y algunas formas similares de asentamientos urbanos con base agrícola, según se les conoce por la bibliografía.

Los *pueblos urbanos* conocidos por las investigaciones de Niemeier (1935, 1943) (véase más atrás) son asentamientos con un mínimo de 1.500 habitantes y de aspecto urbano, que están próximos a la comunidad rural y presentan todavía un escaso grado de diversificación (Niemeier pasa a hablar de *ciudad rural* y *ciudad agrícola*, distinciones que no han tomado carta de naturaleza en el lenguaje científico. No obstante, las agrociudades de Sicilia encajan más con el tipo de ciudad rural que con el de pueblo urbano (véase Monheim, 1969, pág. 159) (20).

(19) Schwarz no incluye los pueblos urbanos entre las ciudades, «ya que no vinculan a sí mismos ningún entorno» (1966, pág. 416); en cambio, Bobek (1938, pág. 89) los pone como prueba de que, pese a la falta de centralidad, los grandes asentamientos rurales pueden llegar a convertirse en auténticas ciudades.

(20) El mismo Niemeier apenas utiliza ya en 1943 el concepto de ciudad rural, mencionándola brevemente en 1969 como forma mayor del pue-

Los pueblos urbanos del sudoeste de Alemania, que recientemente han sido analizados también con detalle por Weinreuter (1969), constituyen asentamientos cuyo carácter aldeano no puede borrarse del todo, pese a ostentar numerosas características urbanas (21). La agricultura sigue jugando un papel considerable en su economía local, aun cuando la mayoría de las personas en activo estén ocupadas en la industria. Los pueblos urbanos surgen principalmente en torno a las grandes ciudades, sobre todo a lo largo de las favorables vías de comunicación. Su tamaño lo deben, sobre todo, a las posibilidades de trabajo que ofrecen las ciudades vecinas, si bien tienen en parte una industria propia y funciones de centralidad. «Los atributos urbanos» de esta clase de pueblos provienen «comúnmente del siglo XX; en parte, estos asentamientos pueden entenderse como un tipo de desarrollo de la «ciudad en gestación»; sin embargo, la mayoría de ellos forman un tipo propio y persistente. Los pueblos urbanos del sudoeste alemán se distinguen de la agrociudad, sobre todo, en lo referente a la posición que ocupan en el contexto de asentamientos, así como por lo que respecta a su génesis, dinamismo y estructura interna.

Las *ciudades de agricultores* centroeuropeas, que se denominan también *pequeñas ciudades rurales*, constituyen los centros de una pequeña zona de aprovechamiento agrícola, donde un notable porcentaje de los habitantes tienen la agricultura como actividad

blo urbano. En el *Westermann Lexikon der Geographie* (1970, VI, pág. 368), el pueblo urbano sólo es citado ya como un «asentamiento agrícola de aspecto urbano con unos 1.500 a más de 50.000» habitantes, sin efectuar una diferenciación ulterior por tamaños. Aunque el tipo de asentamiento aquí descrito se aproxima más a la ciudad que a la pequeña comunidad rural, no se ha impuesto el correspondiente concepto de ciudad rural; por ello no se ha creído adecuada la adaptación a la escala conceptual de Niemeier, eligiéndose en cambio la denominación de agrociudad, que acentúa más el componente urbano.

(21) Desde un punto de vista conceptual, Weinreuter enlaza sobre todo con la tipología introducida por Christaller en 1927, así como con Huttonlocher; el mismo Weinreuter volvió a ocuparse después con más detalle de la problemática del concepto de pueblo urbano (1969, págs. 92-102).

principal o complementaria (Ruppert, 1959; Hartke, 1964). Anteriormente, el ejercicio de una actividad agrícola adicional era una característica muy peculiar de las profesiones centrales, que, por escasez de demanda, habían de ser complementadas con ingresos procedentes de la agricultura. Las oscilaciones del grado de centralidad condicionan aquí un mayor o menor peso de las actividades agrarias (Ruppert, 1959). Las ciudades de agricultores constituyen una especie de islas en un entorno campesino y, a diferencia de las agrociudades, jamás constituyen la base de toda la estructura de asentamientos. A medida que crece el grado de urbanización, se va produciendo una clarificación socio-profesional, y la mayor parte de la agricultura pasa a disposición de los pueblos vecinos, proceso que nunca se registra en las agrociudades, por existir un contexto local totalmente distinto.

Las *agrociudades* y las ciudades agrícolas y artesanales de Bulgaria (Penkoff, 1960) son en algunas regiones de este país el tipo predominante de ciudad; pero se encuentran situadas en medio de un entorno aldeano, por lo que deben responder a la primera fase de las ciudades de agricultores.

Las parasitarias *ciudades de arrendadores del suelo* (Bobek, 1938, págs. 98 y s.) de los países con tradición de capitalismo rentista, donde residen los grandes terratenientes absentistas, son poblaciones centrales, en el sentido más amplio de la palabra, que están situadas dentro de un entorno rural. Su tamaño y configuración urbana lo deben a la residencia de grupos privilegiados. Sin embargo, la mayoría de los latifundistas sicilianos no suelen —o solían— vivir precisamente en las agrociudades, sino en los centros más importantes, por lo que aquéllas no deben entenderse como ciudades de arrendadores del suelo.

Las *agrogorods* de Rusia —conocidas también bajo el concepto de agrociudad (22)— son intentos de la planificación soviética por ofrecer a los trabajadores de las grandes explotaciones agrí-

(22) Según Wädekin (comunicación epistolar, 1968), el término de agrociudad no volvió a aparecer ya en las publicaciones soviéticas después de ser depuesto Jruchov.

colas la posibilidad de vivir como habitantes de ciudades (Mecklein, 1964, págs. 256 y s.; Wädekin, 1967 y 1968). Debían alcanzar un tamaño de 10.000 habitantes y estar dotados de toda clase de servicios urbanos. De esta forma, las *agrogorods*, que, por otro lado, han tenido poco éxito hasta ahora (23), encajan en principio con las agrociudades sicilianas por su estructura y el papel que juegan dentro de la constelación de asentamientos. También en otros países socialistas (como Hungría) se intentan mejorar las posibilidades de un servicio adecuado, ampliando las poblaciones rurales; en la misma dirección apuntan los enfoques de Ganser (1969, pág. 5) acerca de las regiones rurales mal abastecidas de Renania-Palatinado.

A las diferencias registradas entre los tipos de asentamientos que acabamos de indicar hay que oponer, por otro lado, no pocas características comunes. Tanto en su aspecto externo como en su diferenciación interna, estas formas de asentamiento rebasan la comunidad rural, aunque sin responder en la gran mayoría de los casos al tipo ideal de ciudad plenamente desarrollada. Cabe dudar de que pueda agrupárselas bajo un concepto global (Weinreuter, 1969, págs. 96 y s.). En contra de ello habla, sobre todo, la diferente posición que ocupan dentro de todo el contexto local. Habría que distinguir entre grandes asentamientos agrícolas de carácter urbano, como forma básica predominante en todo el contexto (lo que no excluye una centralidad ocasional) —es decir, las agrociudades— y las poblaciones centrales de cuño agrícola —como son las ciudades de agricultores o las pe-

(23) De todos modos, en las regiones agrícolas más dinámicas de la Unión Soviética, la población de los *koljoses* y *sovjoses* se concentra ya en asentamientos centrales, que Hahn (1970) denomina «agroasentamientos», ya que presentan numerosos rasgos urbanos que los distinguen de la comunidad rural (edificación más compacta y diferenciada, núcleo central, diferenciación profesional por división del trabajo agrícola, fluctuación de los obreros especializados). En los *sovjoses* de tierras vírgenes es aún más accentuado el carácter urbano de los asentamientos que cuentan hasta 2.000 habitantes; por tal razón, Hahn habla de *agrogorodki* (pequeños a.) como forma de transición a las *agrogorods*.

queñas ciudades rurales—. Aparte de ello, habría que diferenciar entre tipos transitorios, donde no ha concluido del todo el proceso de gestación de la ciudad (24), y tipos finales de carácter autónomo, que sólo se convierten excepcionalmente en ciudades. La aclaración de este planteamiento hay que dejarla para deliberaciones posteriores.

VI. PERSPECTIVAS DE DESARROLLO DE LA AGROCIUDAD

Al concluir el análisis de la agrociudad siciliana actual y de todo el contexto estructural derivado de ella, cabe preguntarse cómo puede ser el futuro de esta clase de entidades locales. Hasta ahora, el centro de la atención de los esfuerzos planificadores y de los pronósticos científicos lo ha ocupado siempre el deseo de trasladar la población de la agrociudad a la zona rural circundante (véase, por ejemplo, Niemeier, 1943, págs. 338 y s.; Muzzatti, 1958, pág. 12); pero, como se ha señalado más arriba, estas operaciones de traslado se han limitado a unas pocas excepciones. Con la mejora de la red de caminos en el campo y la disminución del número de ocupados en la agricultura, no puede esperarse ya un reasentamiento de notable alcance que llevara, por ejemplo, a una disolución de la agrociudad (Niemeier, 1943, pág. 346) (25). Por otra parte, la mayoría de las agrociudades

(24) Ruppert (1959) muestra que esta evolución no tiene por qué ser un proceso continuado.

(25) Así, por ejemplo, en Hungría se procuran disolver de nuevo las *tanyas* surgidas en estos traslados, siempre que no estén relacionadas con cultivos especiales (Lettrich, 1969). También en Alemania se defiende de vez en cuando la idea de que, en el futuro, el agricultor debe residir en mayores asentamientos centrales, dotados de múltiples servicios, e ir y venir diariamente a su explotación agrícola (Ganser, 1969, pág. 5). Incluso en la misma Sicilia central, un municipio como Milena (CI.), cuya población vive princi-

apenas podrán convertirse nunca en verdaderas ciudades, aun en el caso de que la ampliación del sector terciario y la disminución de la agricultura reforzasen su imagen urbana.

El gran problema del futuro de la agrociudad radica en la insuficiencia de recursos. El sector agrícola sigue adoleciendo de un fuerte grado de desocupación o de empleo encubierto, por lo que habrá de desprenderse todavía de una mano de obra numerosa. Este proceso sólo podrá amortiguarse donde se logren aprovechar todas las posibilidades de explotación intensiva (especialmente regadio). Ni en la agrociudad ni a una distancia alcanzable se crea hasta ahora un número más o menos suficiente de puestos de trabajo fuera de la agricultura. Como consecuencia de ello, son muchas las personas en activo que sólo encuentran trabajo en el norte de Italia o en el extranjero. Los recursos de estos emigrantes, que a menudo sólo se marchan transitoriamente, encubren la problemática situación de la agrociudad e incluso dan lugar a un esplendor económico aparente, ya que no sólo benefician a las familias que se han quedado en la localidad, sino que también favorecen de manera indirecta al conjunto de la economía. Son raras las ocasiones en que los ahorros se destinan a crear nuevos puestos de trabajo; se prefiere, más bien, comprar una pequeña parcela de tierra (de la que será imposible vivir más tarde), construir una casa y proporcionar a las hijas una dote, vinculándose de múltiples formas al lugar de origen, cuyas posibilidades de trabajo son insuficientes (26). Debido a esta mentalidad, son hasta ahora escasas las pérdidas demográficas de las agrociudades; pero apenas se hace algo para convertir en un desarrollo duradero el aparente florecer actual de la economía; si se produjera una mayor emigración, peligraría también el modo de vida de una gran parte de

palmente en aldeas, está procurando desarrollar un centro compacto sirviéndose de estudios urbanísticos.

(26) Tampoco se cumplieron las grandes esperanzas puestas en una reactivación económica por medio de los *americanis*, es decir, de los inmigrantes que regresaron de Estados Unidos a comienzos de siglo trayendo importantes sumas de dinero.

los ocupados en las ramas de servicios, ya que las instalaciones correspondientes (tiendas, escuelas, hospitales) no podrían mantenerse en la misma medida. Por un lado, debe sostenerse el nivel de los servicios ofrecidos; pero, por otro, no es posible crear en cada agrociudad los puestos de trabajo industriales que se requieren. Para solucionar este dilema, habría de elaborarse un modelo de planificación que crease empleos de carácter central en los puntos estratégicos, a los que se pudiera ir y venir diariamente desde el mayor número posible de agrociudades. Esta división de trabajo entre centros industriales o administrativos de fácil acceso y grandes poblaciones rural-urbanas, dotadas de amplios servicios y con función de residencia para trabajadores-golondrina (similarmente a los polos urbanos del sudoeste de Alemania), eximiría a los centros de aglomeración de una inmigración excesiva, fortalecería los centros menos desarrollados (27) y llevaría a las zonas de economía débil a participar en el necesario proceso de reestructuración. Esta reorganización funcional podría abrir prometedoras posibilidades de desarrollo a unos asentamientos cuya estructura proviene de la época feudal (28).

(27) Compagna (1959 y 1963) y Pecora (1968, págs. 566-574) ponen de relieve las consecuencias desfavorables que se derivan de estos puntos centrales.

(28) Con todo, son todavía pequeñas las posibilidades de que se realice tal reestructuración, basada en el modelo de los países desarrollados. Las adecuadas propuestas de desarrollo aportadas por investigadores de fuera han resultado una y otra vez irrealizables. La causa decisiva estriba en el extraordinario inmovilismo de la sociedad del *Mezzogiorno* (Lepsius, 1965). Las fuerzas que, en otros sitios, son portadoras del progreso, es decir, las ciudades y la clase media burguesa, contribuyen aquí a frenar considerablemente el desarrollo.

RESUMEN

Las agrociudades sicilianas constituyen una forma particular de grandes asentamientos agrícolas, que integran estrechamente el ambiente rural y el urbano. Son poblaciones compactas de 7.000 a 18.000 habitantes; más de la mitad vive de la agricultura y el resto se dedica a los servicios requeridos por la población local. La agrociudad es autosuficiente, no desempeña funciones centrales y mantiene escasas relaciones con los centros superiores, por lo que no llega a desarrollarse una verdadera red funcional. Las estructuras actuales están condicionadas por la herencia feudal: ciudades parasitarias, latifundismo, pequeñas fincas fragmentadas, renteros y obreros del campo, clientelismo. Como forma de asentamiento, la agrociudad es un tipo autónomo y plenamente desarrollado, como puede serlo el pueblo pequeño o la ciudad. No es un proceso de evolución hacia la ciudad ni tampoco es una ciudad languideciente. En el futuro, con el redimensionamiento de la agricultura, la agrociudad puede asumir funciones residenciales para personas que trabajen en sitios relativamente cercanos; así se podrá evitar la despoblación de asentamientos no industrializables y la excesiva concentración en determinadas áreas de desarrollo.

BIBLIOGRAFIA

- AMARI, M.: *Storia dei musulmani in Sicilia (1854-1868)*, 2.^a ed., Catania, 1933-1939.
- BERARDI, R.: «Esami in Sicilia», en *Nord e Sud*, VII, n. 6 (67), 77-92.
- BLOK, A.: «South Italian Agro-Towns», en *Comparative Stud. in Society and Hist.*, vol. 11, n. 2 (abril 1969), Cambridge Univ. Press, 121-135.
- BOBEK, H.: «Über einige funktionelle Stadtypen und ihre Beziehungen zum Lande», en *Comptes Rend. du Congr. Internat. de Géographie*, Amsterdam, 1938, II, 3 (1938), 88-102.
- BOBEK, H.: «Aufriß einer vergleichenden Sozialgeographie», en *Mitt. der Geogr. Ges. Wien*, vol. 92 (1950), 34-45.
- COMPAGNA, F.: «L'evoluzione dei rapporti fra città e campagna nella realtà meridionale», en *Atti del IV Congr. mond. di Sociologia*, Bari, 1959, 112-132.
- COMPAGNA, F.: *La questione meridionale*, Milán, 1963.
- GANSER, K.: «Pendelwanderung in Rheinland-Pfalz. Struktur, Entwicklungsprozesse und Raumordnungskonsequenzen», *redactado por el Geogr. Institut der TH Münich*, Maguncia, 1969.
- GRÖTZBACH, E.: «Geographische Untersuchung über die Kleinstadt der Gegenwart in Süddeutschland», en *Münchener Geogr. Hefte* 24, Kallmünz, Ratisbona, 1963.
- HAHN, R.: «Jüngere Veränderungen der ländlichen Siedlungen im europäischen Teil der Sowjetunion», en *Stuttgarter Geogr. Stud.*, 79, Stuttgart, 1970.
- HAMMER, M.: *Probleme der sizilianischen Agrarstruktur*, 2.^a serie especial de la List Gesellschaft, vol. 4, Basilea, 1965.
- HARTKE, W.: «Eine ländliche Kleinstadt im Mittelgebirge im sozialen Umbruch der Gegenwart», en *Raumf. und Raumordnung*, 22 (1964), 126-135.

- HOFMEISTER, B.: *Stadtgeographie*, Braunschweig, 1969.
- «I.S.T.A.T.»: *Classificazione dei comuni secondo le caratteristiche urbane e rurali*, Roma, 1963.
- LEPSIUS, R. M.: «Immobilismus: das System der sozialen Stagnation in Südalien», en *Jahrb. für Nationalökonomie und Statistik*, vol. 177, H. 4 (1965), 304-342.
- LETRICH, E.: «The Hungarian Tanya System: History and Present-Day Problems», en *Research Problems in Hungarian Applied Geography*, Budapest, 1969, 151-168.
- LOPREATO, J.: «Social Stratification and Mobility in a South Italian Town», en *American Sociological Review*, vol. 26 (1961), 585-596.
- MACK SMITH, D.: *A History of Sicily. Medieval Sicily; Modern Sicily*, 2 vols., Londres, 1968.
- MARANELLI, C.: *Considerazioni geografiche sulla questione meridionale*, Bari, 1908; 2.^a ed., Bari, 1946, 1-62.
- MECKELEIN, W.: «Jüngere siedlungsgeographische Wandlungen in der Sowjetunion», en *Geogr. Zeitschr.*, 52, 3 (1964), 242-270.
- MILONE, F.: *Sicilia. La natura e l'uomo*, Turín, 1960.
- MONHEIM, R.: «Agrostadt im Siedlungsgefüge Mittelsiziliens. Untersucht am Beispiel Gangi», en *Bonner Geogr. Abh.*, 41, Bonn, 1969.
- MONHEIM, R.: «Die Einzugsbereiche des Einzelhandels in Italien. Einige methodische Überlegungen zur Carta Commerciale d'Italia unter besonderer Berücksichtigung Siziliens», en *Erdkunde*, XXIV, 3 (1970), 229-234.
- MORELLO, G.: «Considerazioni in merito al rapporto città-campagna in un processo di sviluppo socio-economico», en *Atti del I Congr. Naz. di Scienze Sociali* (1958), 477-487.
- MÜHLMANN W. E./LLARYORA, R. J.: «Klientelschaft, Klientelsystem in einer sizilianischen Agro-Stadt», en *Heidelberger Sociologica*, 6, Tübinga, 1968.
- MUSATTI, R.: *La via del Sud*, 2.^a ed., Milán, 1958.
- NIEMEIER, G.: *Siedlungsgeographische Untersuchungen in Niederanda*

- lusien*, Hamb. Univ., Abh. a. d. Gebiet der Auslandskunde, vol. 42, serie B, vol. 22, Hamburgo, 1935.
- NIEMEIER, G.: «Europäische Stadtdorfgebiete als Problem der Siedlungsgeographie und der Raumplanung», en *Sitzungsber. europäischer Geogr. in Würzburg*, Leipzig, 1943, 329-352.
- NIEMEIER, G.: *Siedlungsgeographie*, 2.^a ed., Braunschweig, 1969.
- PECORA, A.: *Sicilia. Le Regioni d'Italia*, vol. 17, Turín, 1968.
- PENKOFF, I.: «Die Siedlungen Bulgariens, ihre Entwicklung, Veränderungen und Klassifizierung», en *Geogr. Ber.*, 17 (1960), 211-227.
- PRESTIANNI, N.: *L'economia agraria della Sicilia*, Palermo, 1946-47.
- ROCHEFORT, R.: *Le travail in Sicile*, París, 1961.
- RUPPERT, K.: «Über einen Index zur Erfassung von Zentralitätschwankungen in ländlichen Kleinstädten», en *Ber. z. dt. Landeskunde*, vol. 24 (1959), 80-85.
- SCHWARZ, G.: *Allgemeine Siedlungsgeographie*, 3.^a ed., Berlín, 1966.
- TAGLIACARNE, G. (ed.): *La carta commerciale d'Italia con le sue 442 aree e subaree di attrazione del commercio al dettaglio e le relative quote di mercato*, Milán, 1968.
- VÖCHTING, F.: *Die italienische Südfrage. Entstehung und Problematik eines wirtschaftlichen Notstandsgebietes*, Berlín, 1951.
- WÄDEKIN, K. E.: «Chruschtschows Kampagne gegen den Privatsektor», en *Sowjetstudien*, 22 (1967), 34-75.
- WÄDEKIN, K. E.: «Führt der Weg zur Agrostadt?», en *Sowjetstudien*, 24 (1968), 3-33.
- WEBER, K. E.: *Materialien zur Soziologie Siziliens*, Heidelberg, 1966 (thesis doctoral).
- WEINREUTER, E.: «Stadtdörfer in Südwest-Deutschland. Ein Beitrag zur geographischen Siedlungstypisierung», en *Tübinger Geogr. Stud.*, 32, Tübinga, 1969.
- Westermann Lexikon der Geographie*, Braunschweig, vol. I (1968), vol. IV (1970).